

EL MUNDO

CRONICA

DE SEMANA EN SEMANA

La multitud ha trabajado siempre y trabajará, en provecho de uno solo. Tal es el decreto de la naturaleza.

Lord Byron.

5 de mayo de 1921. Hace cien años murió Napoleón en la isla de Santa Elena, más encadenado que Prometeo en el Cáucaso. Tal vez haya mayor grandeza en los héroes oscuros que sacrifican su vida y su tranquilidad en el cumplimiento silencioso y estricto del deber; de seguro que la inmortalización del médico Séneca Powell, muerto en la investigación del veneno del ácido fénico o entre los horrores de la dermatitis, consecuencia de los trabajos con los Rayos X, debe merecer a la humanidad más profunda atención y encendido recuerdo que el paso escénico de los grandes hombres, que si bien cambian el curso de la historia y de la vida colectiva, oprimen bajo la espuela de su energía y de sus pasiones a la sociedad, llevándola por el camino del dolor. Pero no puede alumbrarse a la vida de la especie, como no puede nacerse a la vida individual sin cruentos dolores de la madre. Napoleón I recogió de la herencia dispersa de la Revolución, sus grandes principios; la encauzó enfrenándola con la inevitable dureza de las reacciones inmediatas y dió a Francia una intensa vida inmortal. El tiempo, --filtro lento de seguridad inexorable, --ha rodeado la figura de Napoleón del halo glorioso que merece su genio.

Los ojos fijos y pensativos, --ojos de matemático y de visionario, --el menton prominente, delator de una enorme ambición; los labios apretados en «ricтус» enigmático, de hombre de soterrados y formidables deseos. Napoleón I tal como lo pintó Dalaroché, bajo el sencillo sombrero de fieltro y la diestra entre el chaleco de ante, parece ante la humanidad que pasa, la encarnación de los hombres creadores de pueblos y conductores de muchedumbres. Y sin duda con todos sus defectos y con sus crímenes, los pueblos no pueden privarse de esas grandes figuras aun cuando a veces por su culpa, naveguen sobre ríos de sangre. El progreso desgraciadamente no puede realizarse sino de una manera dramática: es una ley de la vida y hay que respetarla.

La vida de Napoleón es el admirable motivo para un conmovedor e interminable film.

El día 15 de agosto de 1769, cuando Córcega entera ardía con las fiestas del primer aniversario de la anexión a Francia, a las doce del día, a la hora de la plena lumbre del Sol, nació en Ajaccio un niño de una fisonomía muy viva y que se agitaba con violencia extraordinaria; a los dos años el niño se manifestó imperioso y de una obstinación implacable; en el colegio de niñas donde le llevan se defiende con todos los medios de las burlas de sus compañeras,

que se ríen de él porque no quería separarse de otra pequeña llamada Giacomietta; por sus condiciones; la familia, adviniendo el talento claro y matemático de Napoleón, le dedica a la carrera militar; en la escuela, una vez que sufre un castigo mortificante, cae víctima de un ataque de nervios y el castigo es levantado, haciendo prorrumpir al Padre Partrault, su profesor de Matemáticas: «Tratar así al primer matemático de la escuela»; termina sus estudios en Brienne y alcanza ya plaza en la escuela militar de París; parte su soldada con su hermano José; envía socorros a su madre; vive en la mayor estrechez, calentado por el fuego interior de su ambición y de su latente grandeza; su madre que había sido la mujer más bella de Córcega, tiene que huir entre un grupo de campesinos armados y adictos. Y llega el momento de la revelación.

Había que sitiar a Tolón y en lugar del jefe de artillería Bommartin es nombrado él. Con el más profundo sentido táctico, conoce que la base de todo estriba en tomar un fuerte llamado el Pequeño Gibraltar. Hecho esto la ciudad cayó. El general en jefe Dugommier, se deshizo en el relato oficial en elogios a Napoleón. La suerte estaba echada. El talento se había mostrado en plena madurez a Francia entera.

Y desde entonces ya en actividad proteica, capaz de consumir la atención y la energía de cien vidas, Napoleón, traza el plan de campaña del ejército de la frontera de Italia; reprime sin blanduras la insurrección del 13 vendimiario, ametrallando al pueblo. apareciendo con ello como salvador de la República y la Convención le nombra General en jefe de los ejércitos del Interior; contrae matrimonio con Josefina Tascher de la Pagerie, viuda del general Beaharnais, que había muerto en el Terror; con un ejército sin moral gana las batallas de Montenotte y Millesimo y firma por ello un armisticio con el rey de Cerdeña; gana la batalla del puente de Arcole, derrotando a los austriacos; vence en Marengo; se corona en París emperador, asistiendo el papa Pío VII; derrota a los rusos en Austerlitz y Wagram; bloquea Inglaterra; se divorcia de Josefina; eclipsada su estrella, realiza las campañas desastrosas de Rusia y de España; se refugia en la isla de Elba, vuelve a Francia; es derrotado definitivamente en Waterloo y le encierran en Santa Elena.

Pero de esta vida formidable de luchador, que muere sombriamente en un peñasco batido por el mar, bajo la vigilancia detallista y odiosa de sir Hudson Lowe, que llegó a interceptar un libro, porque iba dedicado al emperador, queda su admirable obra civil: el culto se restableció; las leyes de prescripción fueron abolidas; se promulgó una nueva constitución;

se creó el Banco de Francia, declarando que este pertenecía también al Estado y no solo a los accionistas; estableció el Tribunal de cuentas; organizó los impuestos indirectos; invirtió en obras públicas más de mil millones; organizó la enseñanza y sobre todo dió cima a la obra imperecedera de los Códigos.

El genio de Napoleón emprendió vuelos infinitos hacia nuevos cielos. Reverenciamos su recuerdo, pues si hizo mal, también hizo mucho bien.

CÉSAR HEBERTA

EL COFRE

Mi madre, en sus momentos de luto y de inquietud.
Va a buscarme un cajón secreto de su cómoda.
Es un cofre enmohecido, pequeño y antaño.
Que me ha mostrado sólo dos veces hasta ahora.
La caja es como un féretro de funebre y sencilla muebla.
Y contiene caballos de su paciente infortunio.
En sobres amarillos, de olor a cosa antigua,
Que a veces por las noches calienta con sus papeles.

Al morir mis hermanas, blancas las dos, lo abrió con llanto.
Para poner dos bucles rizados y unas flores.
Solo que con ahora, cual pájaro recuendo,
Dos anillos de oro bajo un pequeño cofre.
Y tú, pues, toda frente se inclina hacia la tierra,
O, cuando, curado la hora inevitable llegue,
De la a la caja tembora para encerrar en ella
Los caballos tuyos, ¿qué será con cual la nieve?

En provincia...

En provincia. En la paz de la hora matutina,
Se sencha la campana, que tañe a la luz de
De la aurora que mira con ojos fraternales.
Se escuchan la campana, y su melódica música
Flora flor de deshoja en los terrados próximos
Y en las negras caídas de los escanios
Cuadrado de sonidos naujados que al al viento
Aumenta temprana que baja de la torre.
Que viene de muy lejos en pérdidas-guaraldas,
Que viene del «No ha mucho» en líricas estuadas.

LOS FABRICANTES VENDEN BARATO

Mientras los consumidores siguen pagando caro

La Mancomunidad de Fabricantes de Tejidos de Algodón dice lo que sigue:
«Ante ciertas maniobras de algunos vendedores de tejidos, cuyo fin no es otro que aprovecharse de los altos precios obtenidos por las manufacturas de algodón, apelando para ello a falsas afirmaciones de que los fabricantes no han bajado el precio de los tejidos, y por lo tanto no pueden ellos vender con baja, esta Mancomunidad de Fabricantes de Tejidos de Algodón y sus mezclas se cree en el caso de afirmar rotundamente que por lo que se refiere a los tejidos de algodón los fabricantes han realizado bajas en los precios verdaderamente importantes, que significan para ellos pérdidas de consideración extraordinaria.

Los artículos de mayor consumo, comparados los precios actuales con los vigentes en julio y agosto de 1920, acusan bajas de 45, 50 y hasta 60 por 100. El promedio de la baja de precios en los tejidos de algodón, según una escrupulosa y concienzuda investigación realizada por las Agrupaciones 10, 11 y 12 del Fomento del Trabajo Nacional, resulta de 35-40 por 100 en relación con los precios de agosto último».

Previsiones del Gobierno ante un conflicto

POR LOS QUE CRYAN LAS VIÑAS

El mismo venia en el caso de dar la voz de alarma a muchos millares de labradores e industriales, pero, al hacerlo, cumplo un deber como representante del país y salvo mi responsabilidad como gobernante: que al cabo también desde la oposición se colabora en las funciones de gobierno.

Hace más de seis meses publiqué un trabajo periodístico; pero después presidí una Asamblea agraria en Alcazar, llamando en uno y otro momento la atención de los viticultores y del Poder público sobre la transcendencia económica que traería aparejada la elevación brusca y considerable del Arancel francés.

Mi muy querido amigo particular, de ilustre y florada memoria, el señor Dato acogió con todo interés mis solicitudes. Hubo periodos de cierto optimismo. Francia pedía trato de amistad económica en punto a demoras de ciertos plazos; habrían de otorgarse, y era lógico esperar adecuados reciprocidades.

Demoráronse, en efecto, los pagos; pero también, por desdicha, se aplazaron respuestas satisfactorias en cuanto a nuestra exportación vinícola.

Rectentes declaraciones del ministro de Estado, formuladas ante mi requerimiento parlamentario, me revelan cuán lejos se hallan del éxito nuestras demandas diplomáticas.

Acercada la producción vinícola en estos años; cerrada la frontera francesa (por la que paraba casi toda la exportación), pues lo que enviamos a otros países apenas suma una novena parte), sabido es, de cuantos tienen elemental idea del problema, que se acerca la ruina para muchas comarcas españolas.

Al escribir y al hablar en noviembre preludeaba la amenaza de honda crisis; ahora se ve cuán presto ha de recibir tan rudo golpe una de nuestras principales riquezas agrícolas.

Si se deja llegar a sus últimos límites el daño, poniendo en olvido toda solución previsora, podemos vernos en la triste situación (casi llenas como están, las bodegas) de que la uva se quede en las cepas, y ello constituirá un inmenso desastre para el país.

Los Gobiernos no son encarnación de la Providencia, capaz de resolver todos los conflictos; pero si deben ser organismo que abraze los medios acomodados a la atenuación de dolencias económicas, no ciertamente incurables.

Al elemento director de un pueblo corresponde hacer algo más que alzar los hombros y contar los brazos.

Las soluciones se ofrecen: la exportación, y en caso de resultar ésta inasequible, determinadas medidas fiscales.

«Hemos puesto a fuego cuanto era menester para conseguir de Francia el desistimiento de una agresión arancelaria no autorizada por ningún acto de nuestro lado?»

A mi juicio --y así lo expuse en el Congreso recientemente--, no. Se ha concedido, y ello lo reputo plausible, trato de cordialísima amistad a nuestros vecinos. Prescindamos de las notorias y naturales asistencias durante la guerra; en día bien próximo la relación financiera deja acreditado de nuevo el impulso afectivo. ¿No era, por tanto, momento propicio para la solicitud y obtención de un paralelo margen favorable y amistoso?»

Afirmo sin vacilar. Lo afirma la razón; pero hay más: esta razón es tan evidente, que un ilustre y prestigioso senador francés, M. A. de Monzie, escribe un interesantísimo artículo en la *Revue Beau* censurando ciertas acometidas arancelarias del Gobierno francés, y dice:

«Especialmente con España. Cinco embajadores de Francia han pasado por Madrid en cuatro años, sin que les haya sido permitido entablar con-

versación sobre Tánger y Marruecos. La cuestión de los vinos no se ha discutido. El acuerdo arancelario no se ha iniciado. La sencilla cuestión del pastoreo en los Pirineos se hace a cada momento materia contenciosa»

No cabe reconocimiento más paladino de la injusticia con que se tratan nuestros intereses.

Nuestros nexos de intereses económicos con Francia no se han extinguido; consienten, dispuestos unos y otros a robustecerlos, que logremos facilidades para nuestra producción vinícola, de innegable equidad, tenida en cuenta la conducta que observamos.

Si se derogaran las injustificadas alteraciones arancelarias, cualquier reducción en la cosecha de la viticultura francesa implicaría la salida de buena parte de la nuestra.

Pero imaginemos que, aun alcanzando medida tan obligada por la reciprocidad, no se resuelve nuestra crisis; pensemos en hipótesis bien ingrata, que se mantiene la barrera arancelaria; el Gobierno tiene la obligación de establecer, aunque con carácter transitorio, modificaciones fiscales de innegable importancia.

Para que estas tuvieran eficacia, deberían ser verdaderamente radicales. Los vinos que se elaboran con perfección y destino al consumo, que pudiéramos llamar de lujo, soportan el impuesto. Pero aquellos que se exportaban para ser elaborados fuera, para *coupage* de los franceses, no toleran ni la pesadumbre de la tributación del alcohol, ni las trabas de la arbitraria fiscalización reglamentaria.

Mantener una y otra equivale a que en buena parte de los viñedos españoles la vendimia corra a cargo de los pájaros y del tiempo. Y eso es la catástrofe. Eso es el hambre en muchos pueblos donde clases «proletarizadas» cavan su viña y de ella viven.

No se trata de grandes agricultores que bien o pueden procurarse recursos para esperar un cambio de cultivo, sino de millares y millares de humildes labriegos que no disponen de otros medios que las vides que por su mano laboran.

Tomeloso pueblo de 20.000 almas, cuenta con un número crecidísimo de estos pequeños propietarios, y como Tomeloso hay centenares de pueblos en España.

Es menester que los gobernantes conozcan algo más que las deficientes estadísticas oficiales; es menester que se asomen a las realidades de la vida en los pueblos y en los campos. Si así lo hicieran y contemplasen toda la intensidad del daño que se aproxima; si advirtieran cómo cientos de familias u obstinaciones ministeriales pueden decretar el hambre entre muchedumbre de laboriosos conciudadanos, procederían muy de otro modo.

Y estas disposiciones hay que adoptarlas en tiempo oportuno. Cuando la uva se marchite entre las vides, toda actuación será estéril.

Se habla mucho de los peligros de una desgravación. Los que tal propalación deberían pensar que la salvación de varias comarcas españolas bien vale un sacrificio.

¿No ha dispuesto el Erario de 40 millones de pesetas para mantener determinado precio de pan en una sola población, Barcelona? Pues menor sacrificio implica para el Fisco salvaguardar la tercera riqueza agrícola de la nación.

Además, si la ruina llega (y cuéntese que de continuar como vamos es inevitable), ¿creen nuestros hacendistas que podrán cobrar el impuesto?»

Estómagos vacíos, arcas del Tesoro vacías. Tal será el fruto de la impetecia y de la imprevisión.

Rafael GASSET